

que sus estudiantes vayan a las Universidades extranjeras por miedo al contagio de las doctrinas heréticas. En la Novísima Recopilación está la Cédula de Felipe II que establece esta medida de relativo aislamiento, que dura más de un siglo. Pero la causa de la unidad religiosa (no la del catolicismo) es vencida y España, su campión principal, padece la suerte de los vencidos; el vilipendio de las derrotas. Otro elemento de la leyenda adversa.

Un gran poder, muchos enemigos que rápidamente se engrandecen, la defensa de una causa que no prevalece en la organización, del Estado... Sigamos analizando. Se forma la leyenda, decimos, en el reinado de Felipe II. Está entonces en su apogeo la grandeza española, pero pronto empieza a decaer. En un siglo llega a la postración y a la miseria del reinado de Carlos II. La leyenda nos coge, por decirlo así, cuesta abajo, en un período descendente, cuando la decadencia nacional en todas sus esteras, puede contribuir a autorizar sus juicios y sus prejuicios.

Añadamos otra observación. Ese momento de la decadencia española es el momento en que se prepara la renovación de la vida espiritual en Europa, en que apunta la nueva filosofía, el sentido crítico de la historia, los nuevos métodos de las ciencias, los gérmenes del ambiente espiritual del siglo XIX, de la época que llamamos contemporánea para distinguirla de la que llaman Edad Moderna los Manuales de Historia, pero que ya no es tan moderna, porque el tiempo ha andado muy deprisa después. Este coincidir de nuestra decadencia con un período de gran actividad intelectual en Europa es otra fatalidad histórica. Muchos de los juicios sobre la escasez o la insignificancia de la ciencia española, de la filosofía española guardan estrecha relación con esta coincidencia. Las glorias antiguas de nuestras Escuelas están ya lejanas, han sido anteriores a este movimiento renovador.

Hallamos, pues, resumiendo, que la leyenda española es efecto de un concurso de circunstancias históricas desfavorables, más que de una confabulación de escritores que se hayan transmitido de siglo en siglo la misión de desacreditarnos. Sin esas circunstancias, la leyenda negra no hubiera sido tan persistente. Mas no está agotado el examen. Hay otro aspecto muy interesante: ¿qué hemos hecho nosotros frente a la leyenda? ¿En qué medida la hemos refutado? ¿En qué medida hemos colaborado en ella?

ANDREINO

memoria; de otros, por referencias, conozco la existencia resucitada... sacerdotes santos, poetas exquisitos... algunos sacerdotes y poetas a un tiempo... ingenios singulares, talentos clarísimos, hombres de gobierno, hombres providenciales, que esparcen en torno suyo el bien.

¿Qué sería de los pueblos y las pequeñas ciudades si esos hombres las hubieran abandonado por un engañoso fulgor de las opulentas capitales y la huaca trompetaría de la fama? A veces, lo penetrante del aroma de esas violetas ha trascendido fuera de los límites de la comarca. Otras, la suave incomprendida fragancia no trasciende más allá del propio pecho. Pero siempre es bienhechora.

Recordamos una tarde de sol abrasador, y por una polvorosa carretera, ondulante como culebra sin término, veinte kilómetros recorridos en ligero tálburi por entre tierras de labor, rocosos altozanos, manchas de pinos y verdeantes hondonadas; crujían los rastrojos bajo el sol implacable y se oía incesante el canto mortal de la cigarra. Al cabo, a la otra parte de un barranco, nos aguardaba el pueblecillo blanco, rodeado de verdores, donde resuena claro y vibrante en el silencio de la siesta el martilleo de una herrería; unas mujeres trabajando a la puerta de sus casas, sentadas en taburetes de esparto, a la sombra, nos miran pasar... Nos detuvimos a la puerta de una casa blanquísima, de ventanas verdes, de aspecto más señorial que las demás, por cuya puerta entreabierta, tras largo corredor recién aljofifado, una ventana de dos hojas, entreabierta también, nos mostraba los verdores de una huerta con árboles y flores.

Hay que llamar. Una voz de niña contesta y por una puerta lateral sale, con un libro en la mano, una graciosa morenita, de mirada soñadora y boca sonriente. Detrás de ella asoman otras tres cabezitas de diferentes tamaños, también morenas y también sonrientes.

—¿Está el doctor?

—No, señor; está en la viña.

La morenita no dice más. Seguramente, el encontrarse el doctor en la viña debe ser cosa habitual, como si fuera otra dependencia de la casa, y así lo confirma el amigo del doctor que nos acompaña. Allí nos encaminamos.

Abrimos la puerta y de entre el mar de relucientes pámpanos surge un hombre. Lleva un ancho sombrero de palmas y viste ligero traje de listadillo. A medida que avanzamos en hilera hacia él y echa él a andar paralelamente a nosotros para salir

halagados en lo más íntimo de nuestro corazón. ¡Hay manera más original y más segura de llegar al alma de un escritor humilde? Además, su mano dura y fibrosa ha estrechado la nuestra con franca lealtad, como si cerrara un trato de amistad firme.

Nos muestra su viña. Pasa en ella muchas horas y entre una observación acerca del sistema de combatir el mildew y las excelencias de una clase de cepas sobre otra, cita unos versos de Virgilio. Entramos en una casita recién blanqueada, donde hay una mesa de pino, unas sillas de enea, un cántaro y encima de la mesa un libro y unas revistas. Las revistas son de medicina, del último correo: el libro es *L'Home*, de Hello. Miro el libro y él me dice:

—Es un hombre extraordinario ¿verdad? Un gran corazón y una alta inteligencia...

Salimos de la viña y nos encaminamos al pueblo. Discretamente procuramos sondear su corazón y su inteligencia y él, más discretamente aún contesta y hablamos de literatura reciente y de literatura clásica, de historia y de prehistoria, de arte, de escuelas. No hay cuestión ni problema científico ni belleza literaria que no conozca y de la cual no tenga criterio formado, opinión de solitario, de desterrado en un pueblo de labriegos; pero llena de hechizo y de aroma de flor silvestre. Nos sorprende tanto este juicio claro, propio, como su expresión sencilla y aguda, a veces llena de ironía, a veces de una gran generosidad y muchas otras veces de una humildad sincera.

Y con todo ello no es pedante. Al escucharle, recuerdo a otros hombres que en escritos y en conversaciones nos están diciendo a cada momento lo que saben, lo que leen, lo que han sacado de su propio intelecto... parece que nos están diciendo: observe usted que yo sé el griego, que he recibido los últimos figurines filosóficos... y nos lo dicen como quien mueve las manos para que la gente note los brillantes de sus sortijas... Pero lo más notable de este solitario es que todo guarda en él perfecta unidad, una compenetración que maravilla. La argamasa y trabazón de sus conocimientos es la filosofía cristiana, una amplia, sólida y generosa filosofía, sobre la cual se asientan su saber y su vida. No duda: no existe en él ese desmadejamiento tan frecuente en los hombres ilustrados que tienen un sentimiento religioso, una ciencia materialista y una filosofía idealista: no, en él no es sentimiento la religiosidad, sino ciencia y fe, es luz que ilumina la mente y el corazón. Y además, cosa notable, vive según sus creencias.

Por lo que sabemos ya de él y lo que se traduce de sus palabras, le llaman de la capital y de los otros pueblos en consulta; y nos hace una observación:

—En la ciudad me quieren poco: me tienen por cruel y poco fino, porque digo la verdad a los parientes y a veces a los pacientes. La culpa es suya, porque suelen llamarme *in extremis* y yo no puedo ocultar la verdad, para que se preparen, como cristianos, al gran viaje... Preferirían que les engañase, porque lo que hay en ellos, en el fondo, no es el sentimiento de la finura, sino un gran horror a la muerte, causado por lo demasiado muelle halagüeño de su vida. Aquí es todo lo contrario: en estos andarriales se quedan tan resignados los moribundos! Tras una vida de trabajos y pobreza, la muerte no es tan terrible.

Al despedirnos, le digo:

—Doctor, es un crimen que se haya usted quedado aquí. Los hombres de su talento deberían volar más alto.

—Se engaña usted, me dice; aun suponiendo que tuviera yo talento: para volar alto no hay como estas anchuras tan serenas... Donde quisiera usted verme, las alas, si son anchas, chocan con las estrechuras de las calles y no dejan pasar de los aleros... Además, añade, con cierta ironía, en las ciudades sobran hombres de talento... y mejor sería que se vinieran a los campos. Serían más felices...

—Y podrían hacer mayor bien, añado yo, adivinando el pensamiento que él calla.

Porque yo sé que en su pueblo los pobres pobres, en el último en que tienen que pensar es en la cuenta del doctor y el doctor se acuerda, en cambio, más de una vez, de deslizarse por debajo de las almohadas algunas de las pesetas que ha cobrado de los ricos.

Nos encaminamos a la ciudad por la carretera ondulante y polvorosa, al caer de la tarde. Ya no crujen los rastrojos y callan las cigarras. El cielo está sereno y limpio y nosotros llevamos en el corazón el profundo gozo de haber conocido a un hombre.

ANGEL RUIZ Y PABLO

Lecturas amenas

El lago más profundo de Africa

El lago Tanganica, que separa las posesiones alemanas del Este de Africa de la colonia belga del Congo, fué considerado siempre como un lago profundo, ya que, según las mediciones de Livingstone, su profundidad era de 595 metros, y de 647 metros, según las de Giraud. Sin embargo, durante el año próximo pasado, el capitán Jakobs procedió a nuevas

mediciones, encontrando en la parte Norte del mencionado lago una profundidad máxima de 1.277 metros. Estos resultados fueron comprobados por el explorador belga, doctor Stappers, quien llegó a encontrar una profundidad de 1.435 metros.

Por lo tanto, el lago Tanganica no es tan solo el lago más profundo de Africa, sino el segundo, en profundidad, de toda la tierra. El primer lugar ocupa el lago Baikal, con 1.523 metros de profundidad.

Stappers averiguó además, que a una profundidad de 600 a 300 metros el Tanganica está separado en dos partes por una cresta que



Actualidad barcelonesa: Los maceros de la nueva Mancomunidad

corre de Este a Oeste, tanto, que este explorador emite la idea de que pueda tratarse de dos lagos, cuya unión se haya efectuado en el transcurso de los tiempos.

**

Innovaciones en el bazar americano

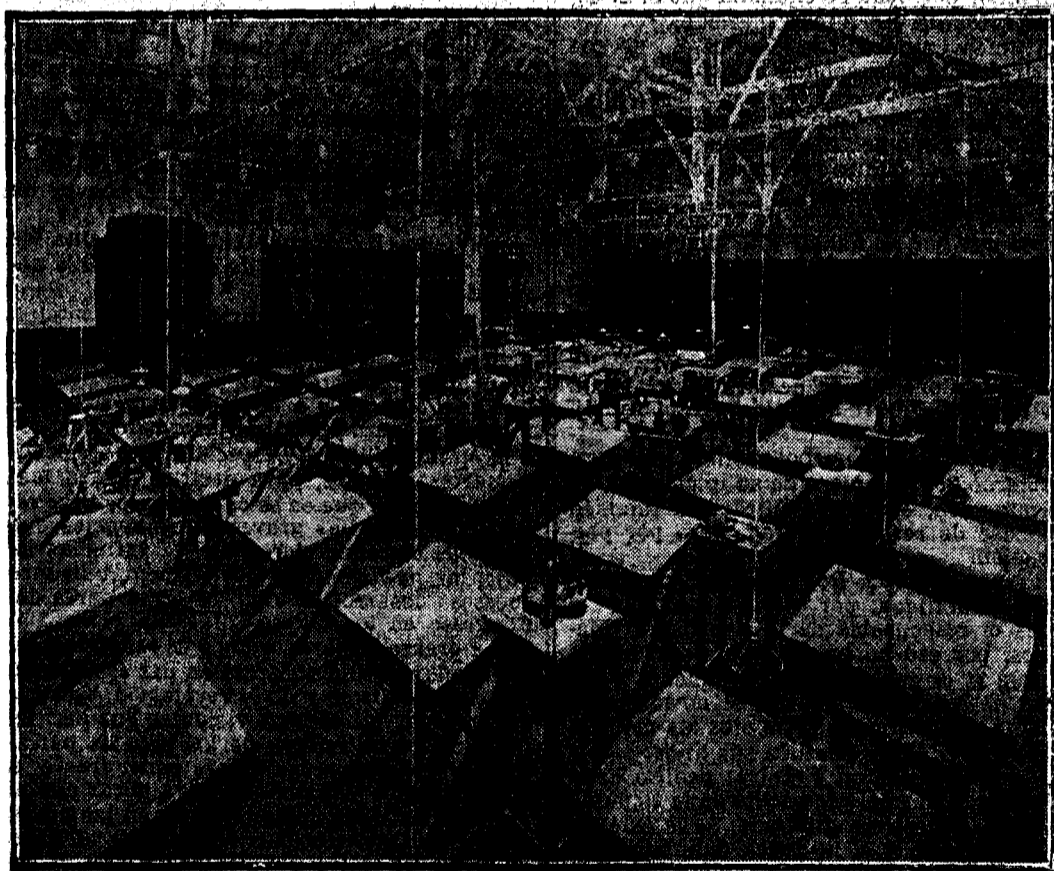
En cuanto a la inventiva, el yanqui no tiene rival. Recientemente ésta le ha sugerido la idea de utilizar el ascensor para variar con mayor rapidez y comodidad la exposición en los escaparates del bazar. O mejor dicho, convertir el escaparate en un grandioso ascensor, que en un momento dado desaparece, para volver a subir poco después con una decoración del todo diferente de la anterior.

Esta nueva instalación está dando excelentes resultados en los bazares de Nueva York, sobre todo durante la cambiante estación primaveral. Por la mañana, al presentarse el firmamento claro, despejado, se ve en el escaparate una colección seductora de sombreros de verano, sombrillas, abanicos, etc.; pero al caer más tarde una intempestiva lluvia, precursora de días borrascosos, estas prendas estivales son reemplazadas en un momento por prácticos chubasqueros, chanclos, paraguas de todos tamaños y precios.

Además de las señoritas maniqués de todas edades, figuras y tamaños, que ante la clientela hacen valer la elegancia y las excelencias del traje escogido, el moderno bazar americano se halla provisto también de un caballo mecánico, que imita el portante del caballo y por lo tanto permite que la amazona se dé perfectamente cuenta del efecto que causa su traje al ejecutar el animal los diferentes pasos.

Sumamente cómoda para la clientela es la nueva sección para las personas que, viviendo en arrabales muy distantes, desean, al anochecer, cambiar de traje en el bazar. Este, tras previo aviso, se encarga de mandar buscar las piezas deseadas en casa del cliente y devolver la misma noche las otras prendas. El cliente encuentra desde luego en el establecimiento salones de barbería, peluquería, manicura, etc.

En cuanto a los niños, que las clientas al entrar en el establecimiento dejan al cuidado de varias señoritas, siguen siendo objeto de los más exquisitos cuidados.



Clase de dibujo de la Escuela Elemental del Trabajo

SILUETAS

ALDEANA

En estas capitales de provincia, dormidas en su recuerdo, pequeñas sedes episcopales olvidadas y serenas, villas y pueblos perdidos en la llanura, prendidos en la falda de una colina o encerrados entre los acantilados de la costa, donde el viajero se detiene, a veces con displicencia, para admirar la puerta de una catedral, los hierros de un balcón o los primorosos claustros de un convento, que la brutalidad administrativa convirtió en cuartel; para contemplar un paisaje encantador o simplemente para hacer un alto en el camino, tomar un bocadito y partir; en muchos de esos pueblos y ciudades, cuyo silencio y quietud deja el habitante de la capital ruidosa, a veces con envidia, a veces con lástima, según sea su concepto de la vida, habitan hombres extraordinarios, cuya existencia tiene algo de la exquisitez, de la modestia y aun de la fragancia de las violetas. Son vidas comovedoras, llenas de suavidad, de desinterés, de ciencia profunda, de ese saber vivir en sí mismo y de sí mismo... A unos los he conocido y están grabados en mi

a la vereda central, voy distinguiendo bajo las alas del rústico sombrero, que proyectan la sombra hasta sus hombros, una barba puntiaguda, bris, casi blanca, una tez tostada, unos ojos relucientes y muy negros, que se contraen para ver mejor. Cuando para saludarnos se quita el sombrero y descubre la frente no muy alta, pero móvil y llena de expresión, coronada de cortos cabellos grises, es tal la ilusión mía de que me hallo en presencia de un jefe de tribu árabe, que me extraña no verle inclinado para la tradicional zalema. Es un hombre recio, vigoroso, de regular estatura y es tal su agilidad que parece que al andar salta, con ese rítmico paso de los montañeses; y al sonreírnos con boca y ojos todo su rostro se ilumina con simpatía extraordinaria.

La presentación es rapidísima. A la media palabra de nuestro acompañante, interrumpe y dice:

—Le conozco a usted desde hace años.

Y en confirmación de esto nos habla de cosas muy nuestras y nos recita el primer párrafo de un libro... «Si descontamos tres ó cuatro familias acomodadas y las de otros tantos americanos enriquecidos, el vecindario de Villanueva se componía, treinta años atrás, de marineros y campesinos...» Nos quedamos atónitos de la feliz memoria y